



Yo  
no la  
maté

Fernando Trujillo Sanz

# Contents

[Yo no la maté](#)

[Copyright](#)

[Yo no la maté.](#)

[Nota de autor](#)

[Bibliografía](#)

# **YO NO LA MATÉ**

SMASHWORDS EDITION

Fernando Trujillo Sanz

Copyright © 2014 Fernando Trujillo Sanz

[Http://www.facebook.com/ftujillosanz](http://www.facebook.com/ftujillosanz)

[Nandoynuba@gmail.com](mailto:Nandoynuba@gmail.com)

**Edición y corrección**

Nieves García Bautista

**Diseño de portada**

Stephanie René

## YO NO LA MATÉ

—Yo no la maté.

—Por eso quiero representarle, para que tenga la mejor defensa posible.

—Y por eso me mira de esa manera. Le cuesta ocultar su desprecio. Sí, siéntese, por favor. Le estrecharía la mano, pero las tengo esposadas. ¿Qué le decía? Ah, sí, disimula muy mal que me cree culpable. Se le ve en los ojos.

—Verá usted, he representado a toda clase de criminales, es mi especialidad. He sostenido la mirada de asesinos, ladrones, violadores y un largo etcétera, también la de fiscales, jueces y jurados. Mis ojos, créame, reflejan exactamente lo que yo quiero.

—Así que nunca pierde el control. ¿Y qué debo leer en sus ojos ahora?

—Seguridad, confianza. Tiene ante usted a uno de los mejores abogados criminalistas, que se ofrece a llevar su caso.

—Admito que no lo hace mal. Sus ojos no vacilan ni rehúyen los míos. Es decir, que se cree sus propias palabras.

—¿Le importa retirarse un poco? Gracias, la mesa es muy pequeña y tengo que sacar varios informes, el expediente policial...

—Bonito maletín.

—La grabadora, mi bloc de notas...

—Aún no le he contratado.

—Pero lo hará.

—¿Sabe una cosa? Su gran confianza en sí mismo le perjudica, le vuelve arrogante. Y revela más de usted de lo que le conviene, por ejemplo que tiene mucho interés en llevar mi caso. No importa que controle sus ojos y su expresión. Hay más detalles que lo delatan. Veamos, su traje es muy caro, como su reloj y su maletín de cuero, el alfiler de la corbata y los gemelos son de oro, lleva gafas de marca... Podría ser que quisiera aparentar una imagen tan imponente, pero sabe que yo no soy cualquiera, que esa demostración de estatus impresiona a los delincuentes de calle, que piensan que puede costearse todo eso gracias a los éxitos que cosecha en los tribunales. Además, ha venido demasiado pronto. Hace apenas dos horas que la policía me detuvo. Debería haber esperado un poco más, para aparentar, pero claro, se arriesgaría a que otro abogado lleno de ambición se le adelantase. Y eso no lo puede permitir. Por eso ha sobornado a algún miembro de la policía. No es

extraño que los abogados con dinero ofrezcan gratificaciones a los agentes a cambio de ser los primeros en ser informados de crímenes que los pueden beneficiar en su carrera.

—Sobornar a un agente de la policía es un delito, pero podría permitírmelo. Y puede usted estar seguro de que eso sería gracias a mis éxitos en los juzgados.

—No voy a pagarle.

—Conforme.

—Qué rápido ha aceptado.

—¿Hubiera logrado algo regateando en ese sentido?

—Ya no lo sabremos. Bueno, yo sí. Lo importante es que ha quedado demostrado que quiere este caso. La cuestión es cuánto.

—Yo no lo veo de esa manera. La verdadera cuestión es si usted puede conseguir a un abogado mejor. ¿Por qué iba a rechazar mi ayuda, sobre todo sabiendo que le va a salir gratis?

—Hay una razón para todo.

—Pero usted no quiere a otro abogado o ya me habría echado. No, no tiene a nadie más, porque es imposible que lo haya conseguido tan deprisa. A menos que piense declararse culpable, sabe que me necesita. Sonría si quiere, pero yo sé que su actitud es fingida. Nadie puede ser acusado de asesinato, con todas las pruebas en su contra, y no tener miedo a la pena de muerte. Tal vez un desequilibrado que no comprendiese a lo que se enfrenta. Pero usted es un hombre inteligente. A lo mejor es su modo de enmascarar el miedo, porque desde luego lo tiene. Así que deje de jugar de una vez.

—¿Tiene un cigarrillo?

—Aquí no está permitido fumar.

—Pues soborne a otro policía.

—Y no tengo tabaco. No fumo.

—Creía que no le gustaban los juegos. Tiene los dedos ligeramente amarillos, aunque los dientes no, debe de cuidar su imagen. El aliento le huele a menta, seguramente por el chicle que ha mascado antes de entrar aquí. ¿Pero sabe una cosa? El olor del tabaco se pega en la ropa, en el pelo... Y todos los fumadores habituales llevan siempre un paquete encima. La tensión de los juicios se soporta mejor con un cigarrillo entre los dedos, ¿a que sí? ¿Cuándo

fuma más: cuando gana o cuando pierde? El sabor del humo al salir por la boca es como si...

—Oh, por Dios. Aquí tiene. Espero que nadie se queje por haberle dado un cigarrillo.

—¡Uy! Perdón, se me ha caído. Con las esposas no puedo...

—Ya lo recojo yo. Mejor se lo enciendo también. Ya está. ¿Contento?

—Mucho. Una marca excelente, por cierto. ¿No se fuma usted otro? Como quiera.

—Así no llegaremos a ninguna parte. El fiscal llegará pronto y no hemos avanzado nada.

—Puede que usted no. Para mí ha sido muy reveladora esta conversación. Averiguar su interés por mi caso no tiene mérito, lo reconozco. Tampoco el darme cuenta de que era fumador. Deducir que no me cobraría dinero por sus servicios ya está algo mejor, pero ese mérito es mío, claro. La verdad es que usted no ha hecho demasiado. Lo verdaderamente interesante es que ha tratado de ocultarme todos esos detalles y no lo ha conseguido. El pitillo me apetecía de verdad, pero también ha resultado extraordinariamente sencillo manipularle para que me dejara fumar. ¿Temía que le despidiera si no lo hacía? Qué estupidez. El caso es que no sabe mentir ni esconder sus intenciones. Y las conclusiones a las que ha llegado sobre mí son bastante penosas. Confieso que le creía más inteligente.

—Me equivocaba con usted. Está completamente loco. Yo he venido a ayudarle con una oferta más que generosa, que incluye trabajar para usted solo a cambio de lo que pueda beneficiarme de la publicidad que despertará su caso por tratarse de un asesinato tan brutal.

—¿Se marcha tan pronto? Cuidado con la grabado... Espero que no se haya roto. Recoge sus cosas muy deprisa. ¿Nervioso? ¿He herido su orgullo?

—Si no quería mi ayuda, podía haberlo dicho desde el principio. Suerte en el corredor de la muerte.

—¿Ve cómo saca conclusiones equivocadas? Yo no he dicho en ningún momento que no quiera contratarle. Oh, no vuelva a sentarse. Su decisión de irse es la acertada.

—¿En qué quedamos? Insinúa que quiere contratarme, aunque argumenta que no soy lo bastante inteligente, pero dice que mi decisión de marcharme es

la correcta.

—No son posturas incompatibles. Me explicaré. Para empezar, la inteligencia está sobrevalorada, salvo en el caso de unos pocos privilegiados que son verdaderamente excepcionales. Me interesa más... el empuje de una persona, su motivación, hasta dónde está dispuesto a llegar para lograr su meta. Usted, por ejemplo, a pesar de todo lo que le he dicho, sigue ahí, de pie, mirándome sin entenderlo. Eso dice mucho. Sin embargo, es verdad que este caso puede sobrepasar sus capacidades. No le conviene.

—Así que me quiere como abogado, pero no cree que pueda con el caso.

—Es por su bien. Le estoy dando la oportunidad de librarse de una de las peores experiencias de su vida. Si al final decide representarme, no me diga que no se lo advertí.

—Entonces es decisión mía.

—Por supuesto. Pero no la tome ahora. Piense en lo que le he dicho. Si no se le ha roto la grabadora cuando la tiró de la mesa, no sería mala idea que repasara nuestra conversación con más tranquilidad.

—Puede apostar a que lo haré, independientemente de mi decisión... Ya veo. No había tenido nunca una propuesta como esta, eso es evidente. Lo pensaré. Pero usted tampoco es tan listo como cree. También comete errores y hace deducciones erróneas. Antes quería ganarme su confianza y no dije nada, pero yo no soborné a la policía. Le dejé creerlo para que se confiara.

—Lo sé.

—¿Pretende hacerme creer que lo había deducido todo? Es demasiado presuntuoso.

—La verdad es que no. Lo he sabido desde el principio porque fui yo quien sobornó al policía para que le avisara.



—Qué pronto ha venido a verme. No tiene buen aspecto. Siéntese, por favor. Ha traído tabaco, espero.

—¿Le sorprende que haya vuelto?

—Un poco. ¿Y el mechero? Gracias... Sabía que aceptaría el caso, pero admito que creía que le llevaría algo más de tiempo. ¿Solo ha necesitado una noche?

—No he pegado ojo.

—Pruebe a dormir en una celda.

—Vamos al grano. Sí, acepto, y como bien sabe usted, no he dormido porque no dejo de pensar en por qué me quiere precisamente a mí.

—Eso tendrá que averiguarlo usted. De momento, con la curiosidad es más que suficiente para mantenerlo a mi lado.

—Empecemos por los detalles del asesinato. ¿Le importa echar un vistazo a esta foto?

—¿Para qué? Yo estaba allí. No necesito la fotografía para recordar.

—Perfecto. Entonces se acordará de que el orificio de entrada está en la parte posterior de la cabeza, por lo que parece obvio que la víctima no pudo dispararse a sí misma. Los informes de la policía indican que no hay evidencia de que hubiese nadie más en la escena del crimen, salvo usted... ¿No quiere añadir nada?

—Escucho su exposición. Y espero ansioso sus conclusiones.

—¿No debería ayudarme para que pueda organizar su defensa?

—No veo por qué debería hacerlo.

—Pero... ¿cómo espera que le salve la vida?

—Ese es su trabajo, no el mío. Seguro que en su larga trayectoria como abogado criminalista ha superado algún obstáculo similar. ¿Nunca ha defendido a alguien que sospechaba que era culpable? Seguro que ha hecho más de una trampa o no podría pagarse esos trajes tan caros. Por cierto, lleva el mismo que ayer, no es bueno para su imagen. Por otro lado, ¿ha pensado si la pena de muerte no es lo que realmente merezco?

—Estoy en contra de la pena de muerte por principios.

—Yo no tengo principios.

—¿Es usted satánico?

—Eso contradiría mi afirmación anterior.

—Los símbolos religiosos, la estrella en el suelo... He consultado, y todo lo que había en la escena del crimen indica que alguien estaba realizando un exorcismo y creía en el demonio.

—¿Con consultar se refiere a hacer una búsqueda en Google?

—He entrado a su casa. Espero que no le moleste.

—En absoluto, contaba con ello. Es el paso lógico. ¿Algo interesante?

—Muchos libros y documentales sobre ocultismo, y un diario de lo más revelador... Usted creía que la víctima estaba poseída por un demonio, su exorcismo falló y por eso la mató.

—¿Esa es la defensa que piensa emplear en el tribunal?

—¡Maldita sea! ¡Allí no había nadie más! Si no me da alguna prueba no puedo creer en su inocencia.

—Pero eso no le importa, ¿verdad? He visto las noticias. Ya ha concertado entrevistas con los medios más importantes. ¿Cuánto le han pagado? ¿No quiere decírmelo? No importa, me alegro por usted. Por fin tenía razón en algo: va a ganar dinero con este caso. Es muy mediático, ¿verdad?

—Está loco. Seguiré adelante porque todo el mundo merece una defensa.

—Seguro que sí.



—¿Se puede saber a qué ha venido eso?

—Era un imbécil.

—¡No puede insultar al fiscal en medio del juicio!

—Me llamó asesino.

—Porque es de lo que le acusan.

—No dijo «presuntamente».

—Tiene que dejarme hacer mi trabajo. Mañana, compórtese.



—Su actuación de esta mañana ha sido verdaderamente penosa. ¿De verdad pensaba que colaría lo de la enajenación mental?

—Podría haberme ayudado. Ya que tanto le gusta insultar al tribunal y al jurado, podría haberse mostrado así durante la evaluación psicológica.

—¿Me pide usted que mienta? No es mi estilo.

—Seamos francos. Alguien que mata, pensando que su víctima es un demonio, no está en sus cabales.

—Veo que ya me cree culpable.

—¡Pues sí! Yo también puedo ser sincero. La exposición del fiscal es irrefutable. Es imposible que fuera otra persona. Intento salvarle de la pena de muerte.

—Y de paso alargar el juicio. Ya lleva dos semanas apareciendo en todos los medios. Nunca soñó con tener tanta fama.

—Sobre todo desde que usted declaró que soy un incompetente y que va a perder por mi culpa. Me llovieron las ofertas de exclusivas desde entonces.

—De nada.



—Yo he hecho cuanto he podido.

—Admirable.

—No es culpa mía que la policía haya encontrado el arma homicida con sus huellas y el ADN. Mañana le declararán culpable.

—¿Ha traído lo que le pedí?

—Sí, maldita sea. Aquí tiene el espejo.

—Le veo muy enfadado. Relájese. Levante el espejo. Yo no puedo con las esposas. Así, no tan cerca. Ahora, mire mi imagen.

—¿Cómo puede estar tan tranquilo? Me da igual lo que diga el psicólogo, usted es el mayor lunático que he conocido en mi vida.

—No está mirando el espejo.

—Muy bien. Ya lo miro. ¿Qué...? Pero... ¡Es imposible! ¡Es un truco!

—Claro que no. Mírese usted. Todo normal. Ahora yo. Eso es, toque todo lo que quiera, compruébelo. Observe cómo la imagen sigue mis movimientos. Levanto una ceja... Ahora la otra...

—¡Ya! ¡Ya lo veo! ¿Q-Qué significa?

—Lo que ve. Que yo soy quien se muestra en ese espejo. Le dije que no la maté.

—Pero... Entonces... Si usted es la mujer que se refleja en el espejo... ¿Quiere decir que ha ocupado ese cuerpo?

—Lo ha entendido a la perfección.

—No me lo trago.

—¿Quiere ver el espejo de nuevo? Observe cómo guiñó un ojo, cómo inflo los mofletes... Y cómo la mujer del reflejo, la víctima, es decir, yo, replico todos los movimientos a la perfección.

—¡Es un truco!

—El espejo lo sostiene usted, no yo. ¿Quiere pegarme para ver si el

reflejo me acompaña y si aparece su mano? Adelante. No es necesario, ¿verdad? Bueno, cuando lo asuma entenderá que yo soy la víctima, aunque ahora ocupo el cuerpo del asesino. ¿Cómo definiría mi situación legal? ¿Me he suicidado? Ahora mismo soy el dueño de la mano que apretó el gatillo y también soy quien recibió la bala. ¿Algún precedente legal que pueda servirme de ayuda?

—¡Basta! ¡Cállese! Esto es... ¡Es imposible!

—Respire hondo. Puedo darle más pruebas, como escribir con la mano izquierda y cosas así, pero usted no lo necesita. Solo tiene que aceptar lo que ya sabe.

—Entonces usted es ella. Es decir, él le mató y ahora ocupa su cuerpo. ¿Por qué me lo cuenta?

—Deje ya el espejo. Se lo cuento porque tiene que saberlo. Solo así podré ocupar el suyo cuando usted me mate a mí. Yo no inventé esa regla.

—¿De qué habla? Yo no voy a matarle.

—Lo hará el Estado cuando me condenen. Pero fue usted quien le dio el arma homicida a la policía, y así destruyó toda posibilidad de que la duda razonable me librara de la pena de muerte. La encontró usted en mi casa, no la policía, porque la habrían usado desde el principio en el juicio. No, la encontró usted tras leer mi diario. En realidad el del verdadero asesino y dueño legítimo de este cuerpo, el que creía en el demonio y en los exorcismos. Tardó porque hay muchas páginas. Y la pista que indica el escondite secreto, tras el cuadro, está entre las últimas. Su obsesión y su curiosidad por mí le hicieron leerlo entero. Me pregunto cuándo encontró la pistola... Seguro que no fue ayer. La estaba reservando para que el juicio se alargara y así ganar fama y dinero, porque sabía que yo soy culpable, o quien usted creía que yo era.

—Esto es de locos. ¿Entonces es usted una mujer?

—Esa cuestión dejó de tener sentido para mí hace muchos... saltos, podríamos decir. Dentro de poco seré usted.

—No, maldita sea. Lo impediré. Pagaré a un preso para que le mate.

—Es lo mismo. Seguiría muriendo por mediación suya. El preso solo sería un instrumento. Lo único que conseguiría, suponiendo que tuviera agallas, sería acelerar el proceso. Ya puestos, ¿por qué no me estrangula ahora mismo?

—Detendré el juicio. Apelaré. Haré lo que sea.  
—Le deseo mucha suerte.  
—Usaré el espejo como prueba.  
—¿Qué espejo?  
—¡Pero si estaba aquí! ¿Cómo ha desaparecido?  
—Estoy agotado. Me espera una larga temporada en la cárcel para poder descansar del mundo. Ya nos veremos.  
—Hijo de puta.  
—Recuerde que le advertí que no debía aceptar este caso.



—Qué madrugador. Hace solo cinco minutos que he abierto el bar. Normalmente no vienes hasta media mañana.  
—Hoy me siento bien. Mejor que nunca.  
—Pues eso hay que celebrarlo, ¿no? Venga te invito por ser mi primer cliente del día. Así me darás conversación. No te importa que ponga la tele, ¿verdad? Me gusta ver las noticias. ¿Hoy no tienes ningún juicio?  
—No. He dejado la abogacía. No era para mí.  
—¿Después de tanto tiempo? Eso sí es digno de celebración. Me gustan los cambios. Si yo pudiera dejar este antro asqueroso... ¡Eh! ¿No es ese el tipo que defendiste hace diez años? Acaban de decir que lo ejecutaron el martes pasado.  
—Lo sé. Un caso triste. No se puede ganar siempre, imagino.  
—¿Por eso lo dejas? Bueno, parece que tienes razones para echar un trago. Te acompañaré. ¿Lo de siempre?  
—No. Guarda esa botella. Prefiero bourbon.  
—¿Estás seguro?  
—Ah, claro. Entiendo. Sí, antes bebía otra cosa, pero ahora...  
—¿Estás completamente seguro?  
—Ya te he dicho... ¡Pero qué haces! Por Dios, guarda esa pistola... Es una broma, ¿no? No es de verdad.  
—Por supuesto que lo es. Y si no la reconoces, es la confirmación.  
—¿Confirmación de qué? Por favor, deja de apuntarme. ¿Cómo voy a reconocer la pistola?

—Porque me la diste tú. Junto con un montón de dinero. Confieso que pensé que estabas loco. Bueno, en realidad aún lo creo. Pero no creí que llegara este momento.

—¿De qué diablos estás hablando? ¡Apunta al suelo!

—Me advertiste que no lo sabrías y me pediste que te lo explicara. Viniste y me dijiste que después de la ejecución de ese tipo, la que acabamos de ver en las noticias, a lo mejor te sucedía algo extraño. No especificaste el qué, pero viéndote ahora, con esa cara pálida, está claro que tenías razón. Yo lo sabría porque tú no te comportarías como de costumbre, beberías algo diferente, seguirías un horario nuevo y era probable que dejaras de ser abogado. Pero la confirmación de todo eso vendría cuando no reconocieras la pistola que en ese momento me entregaste.

—Espera. Puedo explicártelo... ¡Ah! ¡Dios! ¿Por qué me has disparado? ¡Aaaaah!

—Cierra la boca. Te he dado en la rodilla como advertencia. Ahora escúchame. Me pagaste mucho para que te matara. Y más todavía para que no te dejara hablar. Fuiste muy explícito en ese detalle. Por lo visto temías que escuchara lo que sea que intentas decirme y me convencieras de no hacerlo. Pero soy un hombre de palabra.

—No es lo que...

—También querías que te contara todo esto antes de morir y ya lo he hecho. Adiós, maldito pirado.

## **Nota del autor. Diciembre de 2014**

En alguna ocasión he escrito escenas en las que solo uso el diálogo. Ni una sola línea de narración, ni un «dijo», nada, solo el guión largo y la declaración. No sé por qué me gusta ese método, pero tenía curiosidad por comprobar si podía contar una historia entera, aunque fuera cortita, de ese modo, sin nombres, sin descripciones, dejando todo a la imaginación del lector a partir de las conversaciones de los personajes.

Hay una lectora a quien aprecio mucho, Lucy Esmeralda Félix, que es invidente, pero «escucha» mis libros. A menudo me he preguntado si Lucy, cuando participa en una conversación con amigos o familiares, reconstruye el entorno que la rodea a partir de lo que dicen las personas a su alrededor. Seguro que ella cuenta con más información sensorial como el olor y el tacto, pero tal vez contar una historia solo con diálogo se puede parecer un poquito a cómo ella imagina las expresiones de las personas por lo que dicen, por ejemplo, recreando un rostro crispado cuando alguien grita.

También es perfectamente posible que me haya pasado de listo y por empeñarme en no incluir nada en este relato, salvo diálogo, no se entienda la historia que quería contar. Si es así, me disculpo, estoy aprendiendo, y la verdad es que me apetecía probar este pequeño experimento.

Por último quiero mencionar a Stephanie Reneé, la autora de la portada, y al grupo de lectura de Facebook ([www.facebook.com/groups/ClubdeLecturaFTS/](http://www.facebook.com/groups/ClubdeLecturaFTS/)). Gracias al cariño de ese grupo y al apoyo tan grande que recibo por su parte, este relato tiene una portada espectacular, en mi opinión, y no el desastre que habría creado yo por mi cuenta.

Si te ha gustado este relato o te ha sabido a poco, en la bibliografía puedes encontrar el resto de mis novelas, algunas de ellas también gratuitas.

Gracias por leer.

Fernando Trujillo Sanz.

## **Otras obras del autor**

La Biblia de los Caídos

El secreto de Tedd y Todd

El secreto del tío Óscar

La prisión de Black Rock

La última jugada

Sal de mis sueños

La Guerra de los Cielos

Los libros se pueden encontrar en formato digital en las principales tiendas digitales, accesibles desde todo el mundo. En formato impreso están disponible mediante impresión bajo demanda.